

# Santis Agónicus

**Autor:** J-H\_Vivanco61

San Argos de Rodas / Parte 2

El fuego negro con vetas doradas de Nemea calcinaron la explanada donde estaba Argos. Su garganta se movía como las olas del mar, y sus ojos brillaban como los braseros ardientes de la extinta Mindarion.

Argos pudo esquivar el ataque, corriendo a gran velocidad a través de los escombros de la catedral. Se refugió en la derrumbada cúpula central, sintiendo el calor de las brasas, aún cuando estaban lejos.

Nemea pudo ver qué su rival había escapado, pero que aún se hallaba cerca. Sentía su santa presencia entre la roca y la noche. Su olfato, malo por naturaleza, no lograba encontrarlo.

El inmenso cuerpo del dragón enegrecía la noche calcinada, pero Argos sabía que no podía esconderse más tiempo. En cuanto Nemea hubo avanzado por la ciudad, hasta llegar al puerto, San Argos salió de su escondite.

A lo lejos, la figura de la criatura apreciaba de cerca a los Titanes de Bronce, posando sus garras sobre ellos. En un rápido movimiento, cortó la cabeza de tres de ellos, y derrumbó el resto, que cayeron sobre las aguas.

De pronto, Nemea lo vió, apreciando los destrozos que había hecho. Sonrió con su boca reptiliana, de una forma grotesca y malsana. No necesitaba hablar en voz alta. Él lo escucharía.

–Argos, –dijo mientras se acercaba lentamente–. El Padre no te protegerá más, pues ambos somos hijos de Él.

Su figura era cada vez más amenazante. Argos, a pesar del miedo, aún se mostraba firme. Temblaba. Respiraba fuerte, pero no se movía de su sitio.

–Que los designios del Padre se cumplan Argos. Ven, y cae a mis pies.

Nemea se hallaba a menos de 2 kilómetros, y su voz sonaba cada vez más alto en la cabeza de Argos. Aún sangraba en dorado, pero también en rojo. El escarlata líquido manchaba su blasón, en el centro de su armadura.

–Que la potestad del Padre no reciba tu enmienda. Que así sea, León Alado.

Con la fuerza de un gigante, Argos se abalanzó al encuentro con Nemea, que crecía cada vez más hacia los cielos. A pesar de su tamaño, el dragón se movía a una velocidad imposible, dejando estepas doradas a su paso.

Los primeros golpes no acertaron en Argos, que, con ayuda de su lanza, Cazadora de Leones, tronaba la piel impenetrable del dragón. Bendecida en agua bendita del hogar de Fausto, las heridas que causaba no cerraban, y sangraban en humo más que en líquido.

Los rugidos de Nemea llenaban el silencio de la noche, y su sangre gaseosa perfumaba la umbra con su olor a gardenias. Con cada rápido movimiento, devastada otra parte de la ciudad, y con cada golpe que no acertaba, su rabia crecía más.

Cuando uno de sus golpes acertó en Argos, lo hizo retumbar en el lejano Palacio de Khoros, en la colina más alejada de la ciudad. Rompió sus costillas, y le destrozó su mano izquierda. Argos respiraba con dificultad, viendo al dragón herido pero no de muerte, acercarse a su lugar.

Levantó a Cazadora de Leones con su mano derecha, y se levantó con dolor y martirio. Lo vió a lo lejos, y vió la ciudad destruida. Sintió su cuerpo al borde de caer, pero se dijo a su mismo que no lo haría. El Padre era testigo de su fuerza, y no lo abandonaría en su agonía.

Con sus últimas fuerzas, se abalanzó nuevamente a Nemea. Esta vez, no atacó, solo se dejó engullir por las fauces del dragón, que le quemaron la piel.

Al cerrar la boca, Nemea intentó rugir al cielo, pero en ese momento su cuello se abrió de extremo a extremo, dejando salir el vital dorado que recorría sus venas. No pudo hacer más que chillar de dolor, mientras sentía el filo de Cazadora de Leones atravesando su cuerpo hasta su estómago.

Su órgano reventó, y sus tripas salieron disparadas con el último corte que dió Argos, moribundo.

Nemea cayó sobre la ciudad, destripada y en partes, expulsando el cuerpo de San Argos junto a él. Su cuerpo estaba irreconocible, excepto por su lanza sagrada, que brillaba en los colores de la flama de Nemea: negro y dorado.

No fue sino hasta el día siguiente que los habitantes de Nueva Rodas llegaron a la ciudad. Los Titanes estaban destruidos, y el Santo y el dragón se podían juntos en el suelo. El Voluntariado del Dragón había empezado sus tareas de recuperación del cuerpo del dragón, y lo almacenaban en cajas selladas y santificadas. Al mismo tiempo, enviados de la Orden Santa recogían el cadáver de San Argos, y su legendaria lanza, para llevarlos a su sede en Sombría.

Su llegada estuvo acompañado de una lluvia intensa, pero la ciudad lo recibió con gusto y solemnes cantos.

"Argos, que se

levanta,

que se tuerce,

que no se muere,

pero que mata".

*--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por J-H\_Vivanco61*